

EL DESPERTAR DE LA SUBLIMACIÓN

Irene Domínguez. Miembro de la ELP y de la AMP.

¿Qué nos enseña “el despertar de la primavera” de la sublimación? Bajo este título me inscribí al cartel inter-balear con la función de más Uno. Los abordajes presentados por cada una de las participantes fueron de muy distinta temática; y es que, de alguna manera, el texto elegido facilitó esa variabilidad. Esa policromía temática fue uno de los puntos clave que enriqueció, enormemente, el trabajo sobre mi rasgo.

El breve texto de Lacan “El despertar en la primavera” que data de 1974, un prefacio escrito en ocasión de su representación, nos trae a colación una característica de la sublimación: su producción se adelanta a su tiempo. Así, allí Lacan dice que Wedekind se adelantó a Freud, dado que la pieza teatral del dramaturgo contiene, por así decirlo, la esencia de la cosa freudiana, que hará su aparición, tiempo después, con la invención del psicoanálisis.

“El artista nos lleva la delantera”... Wedekind se adelantó a Freud. La obra, “el despertar en la primavera” cumple de este modo con las premisas freudianas de la sublimación, puesto que se trata de una obra valorada socialmente. Si una obra escrita en 1891 produjo un prefacio, nada menos que de Lacan, en 1974 –casi 100 años después- y se sigue representando (fue una pieza fetiche del teatro catalán, por ejemplo), podemos decir, sin temor a equivocarnos, que ésta tiene un valor social, y que, por tanto, es resultado de la sublimación de las pulsiones de Wedekind.

El interés que encontré para mi rasgo, es que esta obra muestra aquello que hace que se ponga en marcha la sublimación en los seres humanos. Me refiero aquí al encuentro con el goce Otro, del que la obra testimonia, y que es la cuestión central con la que Lacan inicia su prefacio. Allí, se pregunta, *qué es para los muchachos hacer el amor con las muchachas*. Esa gran cuestión, ese encuentro inaugural con el otro sexo, va a dar cuenta de la falta de respuesta estructural, de esa “no relación que vale en lo real”. Estamos, por tanto, frente a un escrito –de Lacan- a cerca de otro escrito, el de Wedekind, que escenifica,

no solamente la imposibilidad que pone en juego ese encuentro, sino de qué modo, cada sujeto, cada ser hablante, tendrá la necesidad de producir allí una respuesta, es decir, de hacer un síntoma. Así en la obra tenemos las distintas respuestas, en términos de goce, que van a dar Moritz y Melchior.

Lo que retuvo mi interés no alude tanto al contenido de cómo Lacan abordar el tema, sino más bien el estilo en que lo hace, pues todo el texto está recorrido por una modalidad esencialmente enigmática. En su tramo final, además, eso se ve reflejado en el acento que pone Lacan al surgimiento del nombre... o del nombre, del nombre, del nombre, como lo llama, o a la aparición del Hombre enmascarado como uno de los nombres del Padre. Ese nombre, tan esencial como misterioso, que aparece al borde de un agujero, es no obstante, el nombre de otro enigma: el que esconde ella, “la que en su decir se pierde en la noche de los tiempos”... la *Diosa Blanca*, tomada de una obra de Robert Graves, tomada de otro escrito.

Pues bien, ese elemento mítico que encarna en el texto lacaniano la *Diosa Blanca*, ya no es el mito del padre de la horda... La Diosa Blanca es el elemento que ilustra la necesidad lógica de que algo ex-ista al nombre para fundarlo y poder, de ese modo, hacer un tratamiento del goce insoportable que el joven, cualquier joven, acaba de encontrar en su despertar de primavera. Ese indecible que ex-siste, que es condición para que cada vez falle lo sexual... ese goce que no puede decirse... condición para el surgimiento de cualquier discurso, y por tanto, también, del goce fálico... es correlativo a la operación sublimatoria. Me explico: ese destino de las pulsiones tan particular que es la sublimación, en donde ellas, las pulsiones, dirigiéndose a una objeto no sexual alcanzan una satisfacción sexual, en su particular trayectoria introducen una producción en la cultura. Pues bien, esas creaciones, no son otra cosa que formas distintas, nombres variados, -o nombres del padre podemos decir- de esa Diosa Blanca en cuyo seno guarda el misterio del goce otro. Este misterio permanece ahí desde el inicio de los tiempos hasta un futuro incalculable, y que, tal vez, como parece vaticinar Lacan, “será ella la que nos suspenderá”.

Cártel: El despertar de la primavera (2019 – 2021)

